naturalmente, ignoraba la modificación que introdujo Bathilde en la hora de la cita y no podía sospechar lo que ocurría en el cuarto de ésta, en el mismo momento en que estaba hablando.

— ¡Caramba! — exclamó Passepoil mirando á la fachada del hotel. — ¡Qué raro!

— ¿Qué es raro? — preguntó el policía.

— ¿En qué piso vive la señorita de Wendel? — preguntó sin contestar el maestro de armas.

— En el segundo.

— ¿Y está usted seguro de que la cita es á las doce?

— Segurísimo, á menos que se haya alterado lo convenido en casa del caballero Zeno.

— Pues podría ser — repuso Passepoil.

Y añadió:

— Mire usted ahí arriba, la ventana que tenemos á la izquierda.

Helouin levantó la cabeza hacia el lugar indicado.

La ventana designada, la única alumbrada de toda aquella parte del hotel, estaba provista de espesas cortinas, á cuyo través nada se podía distinguir.

Sin embargo, en su centro, en el punto de juntura vertical, veíase una raya luminosa que, á cada paso, era cortada por sombras y de pronto se volvía oscura en algunas de sus partes.

— Como usted dice — observó el policía, — es anormal. En el cuarto de la señorita de compañía de la condesa, hay un movimiento que no acierto á explicarme.

Cocardasse y Bonifacio miraban también á la ventana y parecían asimismo sorprendidos de lo que veían.

— ¡Es extraño! — exclamó el soldado. — ¿Qué pasará en el cuarto de la doncella, para que haya tanto barullo?

— ¡Chitón! — dijo de repente Bonifacio — Déjenme escuchar.

Passepoil joven tenía un oído extremadamente delicado.

Sus compañeros no eran sordos, pero oían como todo el mundo, ni más ni menos, mientras que Bonifacio percibía los ruidos más ligeros, aun á gran distancia.

— ¿Qué pasa? — le preguntó su padre al poco rato.

El joven hizo una seña con la mano para que guardasen aún silencio; luego, súbitamente, dijo:

— ¡Si se están batiendo ahí arriba!...

— ¿Que se están batiendo? — repetieron con ansiedad Helouin y los dos profesores de esgrima.

— ¡Ya lo creo!... Distingo muy fácilmente el chocar de las armas; conozco demasiado ese ruido para equivocarme.

Los cuatro, que estaban agachados detrás de los arbustos, se levantaron entonces para echar adelante.

Comprendieron que la cita de Felipe con Bathilde se había efectuado mucho antes de la hora convenida entre ésta y sus cómplices, y que el hijo de Aurora, caído en la emboscada que le habían tendido, estaba defendiéndose contra sus enemigos.

Bonifacio les retuvo.

— ¡Chito! — exclamó de nuevo — ¡Ya no se baten... ¡Se ha acabado!

— ¡Cáspita! — exclamó el gascón; — ¿te diviertes, pequeño?

— ¿Se burla usted de nosotros? — preguntó al mismo tiempo Helouin, que empezaba á dudar.

— No; ahora oigo pasos precipitados por dentro del hotel... como si varias personas bajasen corriendo por la escalera.

Esta vez, ni Cocardasse ni Passepoil, como tampoco Helouin, necesitaron el auxilio de Bonifacio: percibían claramente el ruido que éste les anunciaba.

No dándose cuenta de lo que pasaba, permanecieron un segundo indecisos.

En aquel momento, Peyrolles, Zeno, Knauss y los dos *bravi* desembocaban en el jardín.

— ¡Al pozo! ¡al pozo!... — ordenaba el viejo; — y al callejón, si es preciso... Si se escapa, corremos gran peligro.

Nuestros amigos oyeron la orden, de la cual dedujeron con alegría que Felipe estaba aún sano y salvo.

Pero no comprendieron lo que Peyrolles quería decir con las palabras « ¡Al pozo!... »

Seguramente, el oficial no había salido por allí; puesto que ellos no habían perdido de vista esa salida.

Por otra parte, nadie había abandonado el hotel desde que ellos entraron; y, en fin, no podían admitir que Felipe hubiese huído, pues sabían bien que se hubiera dejado cortar en pedazos antes que retroceder ante sus agresores.

La cuadrilla, con el antiguo factótum de Gonzaga á la cabeza, había tomado la dirección del pozo que comunicaba con el callejón sin salida.

— ¡Vamos contra los miserables! — ordenó á su vez Helouin. — Ellos son los que no hay que dejar escapar. Buscan á Felipe... hay que cortarles el paso.

Al mismo tiempo, dando el ejemplo, salió el primero tras la pista de los asesinos, seguido en el acto por Cocardasse y los dos Passepoils.

Al ruido de sus pasos detrás de ellos, detuviéronse los cinco bandidos.

— ¡Ira de Dios! — exclamó furiosamente Peyrolles al reconocer al soldado y al padre de Bonifacio; — esto es una nueva traición de Bathilde... Los había apostado aquí para sorprendernos... Pero, no me cogeréis, maestros...

Y en seguida, con agilidad casi juvenil, emprendió una carrera hacia el pozo, franqueó el puente y desapareció por el callejón.

Ya sabemos que Bathilde no tenía nada que ver en este encuentro; pero era bastante natural, después de la jugarreta que hizo á Peyrolles, el que éste creyera en su intervención.

Sin tratar de averiguar el sentido de las palabras del anciano, y sin perder el tiempo en perseguirlo, los cuatro hombres atacaron á los que quedaban.

Cada cual escogió á su adversario.

El decir « escogió » es un modo de hablar, porque, en realidad, fué la casualidad quien los reunió por parejas.

Se contentaron con coger al que cada uno tenía delante.

Y así, Zeno tocó á Helouin, Knauss á Bonifacio, Giacomo á Cocardasse y Panfilio á Passepoil.

Aun no había salido la luna; pero el firmamento, admirablemente constelado, como ocurre á menudo á fines de otoño — estaban en diciembre — dejaba caer por la tierra, dulce y transparente resplandor.

Y gracias á esa semiclaridad pudo reconocer Peyrolles á los dos maestros de armas.

En seguida chocaron rudamente las espadas, y, desde el primer momento, fué encarnizada la lucha.

El policía atacaba bien á Zeno, quien se hubiera extrañado grandemente si hubiese podido sospechar que aquel cuya espada revoloteaba con tanta ligereza en torno de su cabeza y su pecho, era su vecino de Montmartre, el viejo sabio de temblorosa mano y andares lentos y penosos á quien, según él, hubiera podido echar al suelo un soplo.

Y tanto más, cuanto que dicho vecino se había marchado á Londres para asistir á un congreso científico, según él le había dicho al caballero.

En efecto, como ya nada tenía que hacer Helouin en el edificio de Montmartre, juzgó inútil prolongar su estancia allí y dió aquella excusa al veneciano al abandonar la casita, reservándose el volver á adoptar, en caso necesario, el difraz que tan bien le había servido.

Tampoco Cocardasse y Passepoil dejaban descansar á los *bravi*.

Además, los dos ganapanes eran mucho más diestros en el manejo del puñal que en el de la espada, y no tardaron en notar que tenían gran desventaja.

Faltábales también la costumbre de pelear tan abiertamente.

Su oficio consistía en asesinar en la oscuridad, al abrigo de todo peligro, y no en afrontar los riesgos de un duelo.

¡Si siquiera hubieran podido servirse de sus puñales!..

Pero en la situación actual les estaba prohibido su uso, á lo menos les sería difícil.

No obstante, Giacomo, el adversario del soldado, intentó emplear el suyo.

Mala fué la ocurrencia.

Cuando consiguió cogerlo y se disponía á lanzarlo á Cocardasse, éste previno el movimiento, y de un puntarazo, le atravesó la mano de parte á parte, diciendo:

— ¡No tengas miedo! ¡Es una advertencia para que envaines el cuchillo!

El lombardo lanzó un grito de dolor y el arma cayó al lado del maestro, que, de un puntapié, la arrojó lejos.

— ¡Ah! ¡granuja! — continuó el viejo gascón; — ¿querías sangrarme como á un cerdo, eh?... Voy á quitarte las ganas de volver á empezar. ¡Trágate esta aguja!

Y al decir esto, apartando de un vigoroso latigazo la espada del *bravo*, le propinó una estocada capaz de atravesar una tapia.

Desgraciadamente, no atravesó más que el viento.

Giacomo, avisado por sus palabras de la suerte que

le esperaba, dió un salto atrás y, girando sobre sus talones, apretó á correr hacia los macizos de plantas que había cerca de allí.

— ¡Voto á!... —juró el soldado muy contrariado. — ¡Menuda funda que con su panza iba á hacerse Petronila! pero, no por eso te librarás, bribón; espera un poco...

Y echó á correr tras el fugitivo.

Como si Panfilio no quisiera que su compañero le ganase en cobardía, apenas desaparecido éste entre los arbustos, aquél, escapando á la espada de Passepoil, cuya punta le había pinchado ya dos ó tres veces, huyó hacia la parte más espesa del jardín.

Pero, cual nuevo parto, así que se hubo separado unos diez pasos, dió una rápida media vuelta y, armándose de su estilete, lo arrajó con fuerza al normando, siguiendo luego su carrera.

Afortunadamente, este último que, al igual que Cocardasse, se había lanzado en persecución de su hombre, acababa de bajarse en aquel momento para recoger el puñal de Giacomo con el cual había tropezado; de modo que el arma pasó por cima de su cabeza, desgarrándole un poco el sombrero.

De todos modos, estaba escrito que alcanzaría á alguien, porque Bonifacio que, por desgracia se encontraba en la línea de su trayectorla, lo recibió de lleno en el costado.

Pero, cosa rara, en vez de penetrarle, como era de suponer, no hizo sino agujerearle un poco los vestidos y cayó en seguida al suelo.

Parecía que tropezara con un bloque de granito.

— ¡Demonio! — exclamó el joven qué no había visto venir el estilete y no sabía á qué atribuir el choque. — ¡Si querrán robarme!

Sabemos que solía llevar sus ahorros consigo, distribuyéndolos por toda su persona.

Ahora bien, hay que creer que esa costumbre, de que tantas veces se habían burlado Felipe y otros compañeros, no era tan mala; puesto que, gracias á ella, acababa de salvarse la vida.

En efecto, media docena de escudos cosidos entre el forro de su jubón había detenido el acero asesino.

Para tratar de aclarar la cosa, volvió Bonifacio la cabeza hacia el lado por donde le habían atacado... y no vió nada, naturalmente.

Pero su movimiento produjo un resultado inesperado.

Knauss, que á los primeros asaltos se sintió ya muy débil, y sólo pensaba en salir de apuros mediante precipitada fuga, lo mismo que los adversarios de Cocardasse y Passepoil, aprovechó el segundo de distracción del joven, para ponerse fuera de su alcance y tratar de huir en seguida.

Pero, creyéndose más listo que Giacomo y Panfilio, en vez de buscar refugio en el jardín, que, cercado por elevadas tapias, no tenía salida, encaminóse hacia el pozo, por cuya puerta pensaba ganar el callejón y perderse en la oscuridad.

Verdad es que era ágil; pero el joven Passepoil lo era mucho más y estaba familiarizado con aquella clase

de ejercicios; además tenía un par de piernas largas y delgadas que ganaban mucho terreno.

Así es que llegó á alcanzar al teutón antes de que éste pudiese cumplir sus deseos.

No obstante, aunque ya lo tenía, no pudo impedir que saltase sobre la rodaja de madera que cerraba el pozo, y de donde no había que dar más que un paso para escaparse.

Pero, al ver esto, tuvo Bonifacio una idea genial.

Asiendo con una mano la canilla de Knauss, que apretaba fuertemente para que éste permaneciese inmóvil, con la otra cogió el asa de hierro que servía para mover la tapa del pozo cuando se quería sacar agua de él, levantando de repente ésta y atrayéndole hacia sí, descubrió rápidamente la boca del pozo que apareció negra y abierta, cual las fauces de un monstruo gigantesco.

Al notar que el puentecillo faltaba bajo sus pies, comprendió Knauss el horrible peligro que le amenazaba é intentó sustraerse de él, agarrándose desesperadamente á los brazos que sostenían la polea.

Pero Bonifacio, que esperaba aquel movimiento, imprimió á su pierna tan fuerte sacudida de arriba abajo que le obligó á soltar presa y, por consiguiente, lo hizo caer en el vacío, en donde desapareció lanzando un grito que no tenía nada de humano, grito que resonó lúgubremente en el espacio.

— Ya no harás más daño, bandido — le gritó Bonifacio inclinándose contra el pozo; — te inflijo la pena del talión. Hace dos años, quisiste hacernos perecer de

este modo á Felipe y á mí... ¡Pues bien, ahora te toca á ti!...

Sólo le respondió el ruido de un cuerpo que caía violentamente...

Knauss acababa de tropezar con la sábana de agua y de sumergirse en ella para siempre.

Entonces, el joven volvió á colocar en su sitio la tapadera, y muy orgulloso por haber cumplido una obra de justicia, volvió sobre sus pasos para ver lo que sus compañeros hacían.

Cuando buscaba con los ojos á su padre y á Cocardasse, sin saber la fuga de los dos *bravi* y la caza que aquéllos les daban, oyó á lo lejos la voz de Amable.

Según le parecía, la voz de su padre reclamaba auxilio.

Entonces se dirigió de prisa hacia el sitio donde suponía que aquél estaba.

— ¿Dónde estás, padre? — exclamó, para guiarse más seguramente.

— Por aquí, Bonifacio — contestó Passepoil. — Ven pronto, me haces falta, muchacho.

— Corro, padre.

Y muy ansioso, avanzó el joven tan precipitadamente como le permitían la oscuridad y los numerosos obstáculos que encontraba en el camino.

Aquella parte del jardín, la más cercana al hotel, era, en efecto, una serie de alamedas que corría á través de una verdadera selva de arbustos, y se empotraban en una especie de red tan complicada como el laberinto de Creta.

No obstante, consiguió Bonifacio acercarse poco á poco á su padre que debía de estar muy apurado, á juzgar por los juramentos que lanzaba y que iban en aumento.

Por fin llegó junto á él, es decir, junto al lugar de donde salía su voz, porque le oía bien, pero no le veía.

— ¿Pero dónde estás, padre? — preguntó.

— Aquí, hijo... Sácame de aquí... pues nunca podré salir solo.

El socorro que pedía Passepoil le era sumamente necesario, como se va á ver.

Cuando se lanzó en persecución de Panfilio, tuvo que internarse en el dédalo en cuestión; puesto que éste se había abrigado allí.

Y así, corriendo tras él, daba vueltas y rodeos, de modo que á veces se encontraba casi con el *bravo* y éste quedaba tras su perseguidor.

En uno de esos encuentros fortuitos, estuvo Passepoil á punto de echar el guante á su enemigo, pero éste se escapaba ocultándose tras una mata de arbustos. Furioso al fin de estar tan cerca del lombardo sin poderlo coger, prometióse el maestro abalanzarse sobre él en cuanto se presentara una ocasión parecida, sin cuidarse del obstáculo que pudiera separarlos.

No se hizo esperar mucho la ocasión deseada, y, en cierto momento, llegó á encontrarse frente á frente con su hombre.

Como anteriormente, apartóse Panfilio de un salto, ocultándose tras unos matorrales.

Pero entonces, fiel á su promesa, lanzóse Passepoil á través el matorral á fin de cortarle el camino.

Desgraciadamente, quedó detenido por las ramas, que le oponían mucha resistencia, rasgándole la carne y clavándole muchas espinas.

Y al notar la imposibilidad en que se hallaba de salir de allí, fué cuando llamó á Bonifacio en su auxilio.

Debemos confesar que, hasta la llegada de su hijo, fué presa de mortal angustia, porque estaba á merced de Panfilio, que hubiera podido apuñalearle sin que él pudiera defenderse.

Pero, por una afortunada casualidad, el *bravo*, á quien aguijoneaba el miedo, sólo pensó en huir rápidamente, y, por lo tanto, no se enteró del *carcere duro* que sufría su antagonista.

De lo contrario, probable es que le hubiera llegado la última hora al profesor de esgrima; pues el bandido no hubiera tenido el menor escrúpulo para matarlo.

Como puede suponerse, Bonifacio se apresuró á sacarlo de aquella prisión, aunque le costó gran trabajo y sufrió él también infinidad de rasguños que le dejaron manos y rostro señalados.

Una vez en libertad, Amable continuó en persecución de Panfilio, acompañado ahora por su hijo.

Pero en vano recorrieron una tras otra las alamedas, pues no pudieron dar con el lombardo, que parecía haberse desvanecido como una sombra.

La noche se volvía menos oscura.

La luna, ausente hasta entonces se dignaba por fin mostrarse, y su plateado disco subía lentamente al

horizonte, derramando su luz blanca y pura por la adormecida tierra.

Entonces se iluminó el parque y todo apareció más claramente.

Reconociendo los dos hombres la inutilidad de sus investigaciones entre los arbustos, se decidieron á dirigirse hacia otra parte.

Más allá de aquel trozo del parque, que era el jardín propiamente dicho, se elevaban corpulentos árboles.

Passepoil y su hijo penetraron en aquella especie de bosque, que se extendía sin interrupción hasta la tapia del cerco.

No sólo buscaban á Panfilio, sino que también deseaban saber lo que era de Cocardasse que había desaparecido del todo con Giacomo y de cuya presencia no tenían el menor indicio.

Pensaban, con razón, que su amigo y el *bravo* debían de estar por aquel lado, como también el italiano.

Por miedo á caer en una emboscada, caminaban con grandes precauciones, ahogando el ruido de sus pasos y escondiéndose tras los árboles.

Así llegaron casi hasta el centro del bosque sin ver ni oír nada.

Pero allí, creyeron percibir, viniendo de lejos, la voz de Cocardasse, al tiempo de un violento chocar de espadas.

Bonifacio, que, como sabemos, tenía muy buen oído, escuchó atentamente, y, de pronto, dijo :

— No hay duda, padre ; allí está Cocardasse, reconozco muy bien su voz y el ruido de su espada.

Habrá vuelto á encontrar al lombardo y estará batiéndose con él.

— Entonces... corramos á ver lo que hace...

Como había asegurado Bonifacio, era efectivamente el soldado que de nuevo esgrimía con Giacomo.

Tras una caza muy movida, acabó por alcanzar á éste, y el bandido no tuvo más remedio que hacerle frente para defenderse.

Bonifacio y Passepoil, guiados por la voz del gascón, que no sabía batirse en silencio, llegaron pronto á los alrededores del lugar en que peleaba; y ahora los veían muy bien á él y al lombardo.

Iban á continuar acercándose, cuando les pareció que el tronco de un árbol situado á poca distancia de Cocardasse se desdoblaba de repente, y que la parte que de él se destacaba se deslizaba despacito hacia el soldado.

Detuviéronse en el acto, clavando los ojos en aquella sombra viva.

La luna esparcía por el bosque anchas fajas luminosas que lo dividían en zonas claras.

La sombra pasó por una de ellas·

— ¡Es mi hombre!... — exclamó con voz sorda Passepoil al reconocer á Panfilio.

— ¡Ah! ¡qué miserable! — añadió Bonifacio, también en voz baja; — va á matar á Cocardasse por detrás... mira, padre... mira ..

Panfilio, espada en mano, no estaba sino á dos pasos de Cocardasse, dispuesto á clavársela por detrás.

— ¡Ay! — gimió Passepoil — ¡nuestro pobre amigo está perdido!

El caso era que Amable y su hijo no podían salvar al gascón.

Faltábales tiempo para prevenirle y también para arrojarse contra el *bravo*.

— ¡Ah! un recurso, tal vez... — dijo Bonifacio, que aquella noche tenía buenas ideas.

Y, rápido como el relámpago, apoderóse del puñal de Giacomo, que veía brillar en el cinturón de su padre (se recordará que éste lo había recogido al lanzarse en persecución del Panfilio), y, después de apuntar medio segundo al lombardo, se lo arrojó con toda la fuerza de su brazo.

No era Bonifacio *giocatore del coltello* de profesión ni mucho menos; pero, en otros tiempos, habíase ejercitado varias veces, en compañía de un italiano, á quien daba lecciones de esgrima, á lanzar cuchillos á un punto determinado, y, á la larga, adquirió en ese juego gran seguridad de mano.

Acababa de recordar su antigua maña y esperaba ser todavía lo bastante perito para conseguir el objeto que se proponía, si bien estaba separado por una docena de toesas.

No fracasó su esperanza.

El estilete, hendiendo el espacio con un silbido de reptil, fué á clavarse en la sien del cómplice de Zeno, en la que penetró media hoja, y precisamente en el mismo momento en que la espada del bandido tocaba ya al cuerpo del gascón.

El lombardo cayó como una mole, sin lanzar el menor grito.

Era un golpe maestro.

Como si Cocardasse no hubiera esperado más que á eso para desembarazarse de Giacomo, clavóle casi en el acto Petronila entre las dos cejas y lo envió á rodar por el bosque.

— ¡Vaya! ¡granuja! — exclamó á modo de oración fúnebre. — ¡Cuánto has tardado en ir á reunirte con tu compañero Satán!

¡Demonio!... ¡la pobrecilla tiene calor! y yo también... — añadió, secando en la bota la punta enrojecida de la espada y pasándose luego la mano por la frente por donde corrían gruesas gotas de sudor.

Después, viendo á los dos Passepoils que acababan de llegar:

— ¡Hola!... ¿Estáis aquí?... — exclamó — ¿Y los vuestros?...

— Aquí tienes á uno... — dijo Amable, señalando el cuerpo de Panfilio.

El soldado, que no tenía la menor idea de cuanto había ocurrido detrás de él, quedó muy sorprendido al ver á sus pies el cuerpo del lombardo.

— ¿Qué ha venido á hacer aquí, éste? — preguntó.

Amable le contó la cosa en dos palabras.

— ¡Canastos!... en ese caso, he tenido verdadera suerte... Chócala, pequeño... Ya te lo pagaré... no tengas cuidado!

Apretó la mano de Bonifacio, que casi se la tritura, y continuó:

— ¿Pero, y qué es de esta canalla? Porque aquí no hay más que dos, me parece.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Knauss está en el fondo — replicó Passepoil hijo.

— ¿En el fondo?

— ¡Del pozo!... — añadió el joven.

— ¿Tenía sed?... ¿Quién lo ha arrojado allí?

— Yo... pero tengo un remordimiento.

— ¿Un remordimiento?

— Sí; le he hecho beber agua, y sé que él no bebía más que cerveza — continuó Bonifacio que, cuando tenía ocasión, no desdeñaba el bromear con el antiguo amigo de su padre.

— ¡La verdad es que eso ha debido de molestarle! — dijo el soldado — De modo que ya van tres.

— Sólo falta Zeno — dijo Passepoil — Lo tiene el barón de Posen. Deben de estar los dos al lado del hotel.

— En ese caso, vamos hacia allí — ordenó Cocardasse. — Tal vez nos necesite el barón.

Los tres amigos salieron del bosque y se encaminaron velozmente hacia el sitio en que había empezado la lucha.

Cuando salían de los bosquecillos y penetraban en la parte descubierta del jardín, vieron al barón arrodillado junto al cuerpo del veneciano, tendido éste cuan largo era en el suelo. Helouin parecía mirarlo atentamente.

— ¡Bien va! — exclamó el gascón; — ya son cuatro.

Se acercaron.

— ¡Viva Dios! Buena tarea, señor de Posen; ha hecho usted como nosotros.

Helouin permaneció aún algunos momentos en la posición en que estaba; luego se levantó diciendo:

— Sí, por fin he conseguido matarlo; pero trabajo me ha costado; como la guardia italiana me es completamente desconocida, no le tocaba ninguna de mis estocadas.

Ni sé siquiera donde ha recibido la que le ha herido, y es lo que trataba de averiguar al llegar ustedes.

— ¡Bah! — dijo Cocardasse — ¡poco importa el sitio de la herida! lo principal es que esté muerto.

— Desde luego.

— Lo peor es que se nos haya escapado Peyrolles, — observó el gascón.

— Sí, es una verdadera lástima — objetó Passepoil con voz doliente. — Al cabo de veintidós años de ausencia, hubiera yo tenido mucho gusto en renovar conocimiento con él... y en tenerle, aunque sólo fuera un minuto, ante la punta de mi espada.

— ¡No tengas cuidado, querido, ya lo encontraremos! Yo te lo digo. ¿No es verdad, barón?

— No lo duden ustedes, amigos. El criminal va siempre á rodar alrededor de su víctima. Antes de mucho, lo volveremos á ver, ora junto á Felipe, ora al lado de la condesa.

Ahora — continuó Helouin, — si quieren creerme, no permanezcamos más aquí, en vista de que ya no hace falta nuestra presencia.

— ¿Y Felipe? — preguntaron Cocardasse y los dos Passepoils.

— Felipe habrá salido seguramente del hotel... ¿Cómo?.. He ahí lo que no sé ni me puedo explicar. Pero, no hay duda de que ya no está arriba; puesto que

los otros le perseguían por el jardín, creyéndole descendido.

— ¡Caramba! Eso no lo comprendo, barón. ¿Cree usted que el chiquitín haya huído ante esos miserables?...

¡Yo no puedo creerlo! ¡No; nunca lo creeré!... — añadió el gascón, golpeando fuertemente en la tierra con su pesada bota.

— Ni yo... ni yo... — gritaron á una Amable y Bonifacio, con no menos energía

— ¡Ni yo tampoco, pardiez! — exclamó Helouin á quien esa hipótesis torturaba, — y he ahí, precisamente, lo inexplicable de la cosa.

Sin embargo, se lo repito, no puede menos de haber salido de aquí. De lo contrario, ¿en dónde estaría?

— Es verdad, ¿dónde podría estar? — se interrogaron los tres hombres.

Reflexionaron un momento, y no hallando razón posible para explicarse la desaparición del teniente, se decidieron, aunque con pena, á abandonar el parque é irse á sus domicilios.

XVI

LA VISIÓN

Ya hemos dicho que después de haberse separado de los brazos de Bathilde, el joven se había lanzado á través de las habitaciones, impaciente por alcanzar á la cuadrilla de bandidos.

Pero como había penetrado en casa de Bathilde por una serie de cuartos sumidos en la obscuridad, y no podía, por tanto, ver por donde pasaba, en vez de tomar de nuevo el camino que le había hecho seguir Clarita, salió, sin darse cuenta, de la parte del palacio anexa á las habitaciones de la joven y se internó en salas y pasillos interminables en los cuales se extravió por completo.

La condesa Aurora de Lagardère residía en la parte delantera ocupando sólo las piezas que le eran estrictamente indispensables, es decir, cinco ó seis cuartos á lo sumo.